

LOS PROGRESOS DE LA GUERRA REVOLUCIONARIA

POMPEIUS SILO: *Si eres un gran general,
ven a combatir.*

MARIUS: *Si eres un gran general,
obligame a combatir.*

La rebelión contra el invasor o el ocupante es, en todos los tiempos, como el armamento espontáneo o provocado del combatiente civil, que constituye su agente principal. Lo que distingue la guerrilla de la revuelta, tal como se practicaba anteriormente, es la táctica seguida; el rehusar la batalla emprendida, el mismo rehusar todo combate que pueda evitarse, para emprenderla contra el aislado, el pequeño grupo, el convoy. En el grado extremo, que no es necesariamente el más eficaz, significa la destrucción erigida en sistema: el hombre huyendo a la montaña o al bosque después de haber quemado lo que no puede llevarse; y dejando al ocupante en un territorio sin recursos, en medio de hambrientos como él, para obligarle a evacuar un país donde no puede vivir ni desplazarse. Incendiar su casa antes que ver a un enemigo pasar en ella la noche, esto es lo que provoca la indignación de la propaganda alemana al dar cuenta de las operaciones sobre el frente del Este; después de la de Napoleón, cuando decía a Caulincourt: «Esto sobrepasa todo; es una táctica horrible, sin precedente en la historia de la civilización... Quemar sus propias ciudades... ¡Qué pueblo! ¡Qué pueblo!»

«Yo estaba en camino con diecisiete personas (dice Ibn-al-Athir, dando cuenta de un viaje en la época de las invasiones mongolas de Genjis Jan) cuando vimos llegar a un jinete tártaro que nos ordenó atarnos los unos a los otros, con las manos detrás de la espalda. Mis compañeros se dispusieron a obedecerle. Yo les dije: —Este hombre está solo, es necesario matarle y huir. —Tenemos demasiado miedo—respondieron ellos—. ¡Pero (continué yo), este hombre va a matarnos; matémosle primero y acaso Dios nos salvará.

Pero, a fe mía, ninguno se atrevió a hacerlo. Entonces yo le maté de una cuchillada; luego huímos, y así nos salvamos.»

Si hace cerca de siglo y medio que el civil ha llegado a ser más consciente que los contemporáneos de Ibn Al Athir, de su capacidad de resistencia respecto al militar, aún falta que este estado de espíritu sea general. Según el efectivo medio de una división (alemana) retirada del frente ruso para rehacerse, cada soldado del ejército de ocupación en Europa occidental tenía cien habitantes que vigilar, y hasta doscientos, si el cálculo se hacía sólo sobre las fuerzas que no estaban de guardia sobre la costa y podían consagrarse a esta tarea de policía. Eran cien hombres y mujeres, a los cuales se habían dejado sus horquillas, sus hoces, sus hachas; cien niños y ancianos, todos prontos a seguir a este militar donde los hubiese mandado ir. Se había advertido a los más válidos que al primer desembarco enemigo tendrían que dirigirse dentro de veinticuatro horas a tal campo de concentración designado, en el cual les esperaba la muerte de hambre. Estaban prontos a hacerlo, mientras que su guardián hubiese tenido a la entrada el registro de inscripción. ¿Cómo hubiera conseguido reunir y conducir su rebaño de doscientos esclavos si éstos no le hubieran ayudado un poco? Felizmente para ellos, el corte casi total de las comunicaciones turbó este plan. El ocupante, no teniendo los medios de transportarse a sí mismo, tuvo que abandonar sus administrados a su suerte.

Se dirá que el uno estaba armado y el otro desarmado. Es más exacto decir que el ocupante habría podido estar armado. El mongol de Genjis Jan no se paseaba con su sable, sus dos arcos y sus tres juegos de flechas, ni el alemán con su ametralladora cuando iba al cine. «Pero (nos dice Ibn Al Athir), tan grande era el espanto que Dios había esparcido en los corazones que cuando a un tártaro de paseo se le antojaba dar un ejemplo, ordenaba a la persona escogida que se tendiese en tierra; partía para buscar su sable, y volvía a cortar la cabeza del desgraciado que no se había movido.»

¿Por qué uno de los medios de resistir al invasor o al ocupante ha aparecido tan tardíamente?

Si comúnmente se hace remontar el origen de la guerrilla y su nombre, al levantamiento de España contra Napoleón, la generalización de esta reacción popular hacia la misma época; en el curso de operaciones militares sin ningún nexo entre sí, demuestra que los tiempos eran favorables para el nacimiento de una nueva forma de guerra.

Nunca se ha dado una explicación satisfactoria sobre el fracaso del duque

de Brunswick en su campaña de Francia de 1792. Las razones que Prusia pudiera tener de no dejarse aferrar al Oeste en el momento en que tenía asuntos importantes al Este, valían para la orden de retirada, pero no para las operaciones hasta Valmy incluido. ¿Cómo el puñado de voluntarios sin entrenamiento militar de Dumouriez y Kellermann hubiera podido detener a las tropas regulares y superiores en número del que entonces era el primer ejército del mundo? Cuando lo que quedaba de los soldados de la República llegó a convertirse en las tropas aguerridas de la «Grande Armée», no fue en batalla alineada como sucumbieron ante los campesinos españoles y rusos. ¿Por que Valmy habría sido excepción a una ley siempre comprobada?

Se conoce el detalle del encuentro, al cual algunos rehusan darle el nombre de batalla, puesto que no se combatió. Pero generalmente se ignora el papel de los campesinos de Argonne y de Champagne en las operaciones preliminares. He aquí cómo este papel apareció al secretario del Rey de Prusia, Lombart, que seguía a su ejército: «Ni un francés venía a nosotros, y la maldad de los habitantes hacía todo lo posible para molestar nuestros planes. Los campesinos huían a los bosques, nos escondían lo que tenían, y se lo daban todo a los franceses, a quienes ayudaban a espiar e inquietar a nuestros transportes.» Entrando con 42.000 hombres, el ejército prusiano volvió a pasar la frontera con 20.000, sin haber logrado abastecerse sobre el terreno ni por convoyes; los otros 22.000 habían quedado sobre la tierra de Francia o en sus hospitales.

Algunos años más tarde, los mismos métodos, aplicados en todo el oeste de Francia cuando la guerra de Vendée, pusieron la República a dos pasos de su pérdida. La táctica de la guerrilla alcanzó un grado de perfección, que le habría ciertamente valido el éxito si no hubiese sido por las disensiones entre los jefes. Este es uno de los puntos débiles del sistema que se ha encontrado en Yugoslavia con Mihailovitch y Tito; en China, con los «partisanos», adheridos a Chiang Kai Chek, y aquellos que solamente reconocían a las autoridades comunistas.

La misma forma de resistencia al ocupante apareció de nuevo en ocasión de ciertas insurrecciones en el reino de Nápoles; hasta el punto de inquietar a Napoleón, cuyas cartas contienen numerosos consejos dados a sus generales sobre esta cuestión.

Fue en España a partir de 1808 donde la nueva forma de guerra dio verdaderamente la medida de su potencia y su pujanza. Las operaciones españolas estuvieron en el origen del derrumbamiento napoleónico. Se atribuye

a la guerrilla una destrucción media anual de 100.000 combatientes franceses, aproximadamente. El Emperador perdió allí mucho más que en todas sus campañas contra Austria y Rusia y, aproximadamente, tanto como en Rusia. Sus mejores tropas y sus mejores generales se gastaron. España fue verdaderamente la tumba de la «Grande Armée».

El estudio de los comienzos de la cuestión de España muestra que la guerrilla fue una reacción espontánea ante el derrumbamiento de la organización militar regular.

Cuando Napoleón envió a Junot a través de la península, para echar a las fuerzas británicas que imponían su ley en Portugal, el Rey de España, Carlos IV, era el aliado del Emperador. Fue por la intendencia de Carlos IV por lo que pereció la organización. No consiguió alimentar los 20.000 hombres de Junot a lo largo de varias etapas preparadas desde algunas semanas, que separaban la frontera francesa de la frontera portuguesa. Las tropas consumieron sus víveres de reserva; y cuando la amenaza de morir de hambre fue más fuerte que la del fusilamiento, que era el castigo para quien practicase el pillaje, los soldados se esparcieron por los campos en busca de su alimento. Los campesinos les acogieron a golpes de horquilla y se escaparon a la montaña.

«Este ejército (escribía su jefe de Estado Mayor, el general Thiébault) cayó entonces en verdaderos desórdenes. La ferocidad de los habitantes de esta parte de Extremadura acabó de sublevar a unos hombres a quienes su situación llevaba a la desesperación. El pillaje llegó a ser general; la matanza, recíproca; la situación, espantosa.»

Felizmente la situación mejoró para las tropas de Napoleón cuando el ejército tomó la dirección de las operaciones; pretendiendo amalgamar los guerrilleros con sus tropas. Este ejército regular sufrió casi siempre derrotas aplastantes, hasta cuando era numéricamente superior. En los dos combates de Evora perdió 8.000 muertos y heridos y 4.000 prisioneros, contra 90 muertos y 200 heridos franceses. Los guerrilleros comprendieron que tenían que cambiar de táctica. Los campesinos, conducidos por monjes, volvieron a la montaña, y los soldados les siguieron.

A veces se imagina que la idea del militar camuflado de paisano, apareciendo alternativamente como soldado y labrador (y que por otra parte le vale ser fusilado cuando lo capturan), fue largamente premeditada. Sobre esto hubo también en el origen una carencia de la intendencia española, que ya no podía vestir sus tropas ni alimentarlas. Ahora bien, nada se parece

tanto a un paisano como un militar sin uniforme. «Un gran número de los soldados de Guesta (escribe Jomini, que hizo la guerra de España como jefe de Estado Mayor de Ney) huía tirando las armas, los pertrechos y los uniformes para volver a ser simples campesinos, en espera de volver a tomar las armas en mejores condiciones. Es una nueva táctica, ingeniosamente encontrada por los guerrilleros españoles, para ser por turnos, y según las circunstancias militares, o neutros, lo cual estaba facilitado por el hecho de que la mayoría de estos singulares soldados, que sólo se concentraban para una batalla, no recibían de las autoridades más que el armamento y el equipo. En cuanto a la vestimenta, no consistía más que en un sombrero o gorra tan civil como militar.»

Una vez encontrados el principio y la táctica, la acción de las guerrillas españolas fue conducida con una perfección ante la cual Napoleón tuvo que renunciar a los consejos por correspondencia que le habían bastado en Nápoles. Habiéndole llamado sus mariscales, en petición de socorro, apenas hubo tanteado la situación cuando descubrió un asunto urgente que le reclamaba en Prusia Oriental, donde le esperaban unos adversarios más respetuosos de la tradición. Durante varios años, el ejército de España no pudo asegurar el enlace de sus cuerpos entre ellos, o con la metrópoli, más que por medio de verdaderas expediciones. Los aislados, los convoyes de abastecimientos y las mismas tropas de flojos efectivos eran asaltadas y capturadas. Un servicio de información esparcido por todo el país, bajo las órdenes de la «Junta Suprema» (el F. L. N. de aquella época), opuesta al Gobierno del Rey José, orquestaba este conjunto de operaciones, mucho más costoso para el ocupante que una guerra regular.

He aquí, por ejemplo, cómo perdió el mariscal Ney su parque de Artillería. Para asegurar la subsistencia de los hombres y los caballos se habían repartido las compañías en varias aldeas contiguas. Una mañana, uno de sus suboficiales llegó al puesto de mando herido y medio desnudo. Sus camaradas y él habían sido asaltados en sus alojamientos durante la noche por un grupo de campesinos armados, conducidos por algunos sacerdotes. El fue el único que pudo escaparse. Se decidió realizar una expedición para recuperar lo que se pudiese del material del parque y castigar por lo menos a los habitantes juzgados cómplices. Fue enviado un batallón, que registró en vano las aldeas, sin encontrar en ellas la menor huella de vida. Personas y animales habían desaparecido, y hubo que resolver incendiar lo que quedaba. Ney quería saber, por lo menos, qué había sido de las tropas hechas prisioneras, y se dirigió oficial-

mente, según las tradiciones de la época y a falta de Cruz Roja, al general que mandaba las tropas regulares españolas. Este general, que reprochaba tales métodos tanto como el mariscal Ney, hizo una investigación, y respondió amablemente que le había sido imposible encontrar trazas de las compañías capturadas. En efecto, jamás volvió a verse ni un hombre ni un caballo.

El papel de las guerrillas rusas en el curso de la campaña de 1812 no fue tan exclusivo como el de las guerrillas españolas. El ejército regular se batió con mucho valor, y si no consiguió obtener ninguna victoria, no por eso dejó de causar pérdidas serias a la «Grande Armée». Pero las dificultades de abastecimiento de Napoleón, que le hicieron perder sucesivamente, sus convoyes, su caballería y, por fin, su infantería, que ni siquiera llegaba a alimentar, fueron mucho más los resultados de los «partisanos» que los del ejército de Kutusov.

¿Por qué en el alba del siglo XIX hubo esta explosión de guerrillas, y por qué fueron sus éxitos?

Hoy, cuando una ideología, servida por una hábil propaganda, es capaz de desencadenar tanto la guerrilla como la guerra, se podría estar tentado a atribuir a la Revolución y a los principios que propagaba, esta intervención directa del pueblo en la defensa de su suelo. Pero los principios de 1789 no desempeñaron ningún papel en este asunto. El entusiasmo revolucionario podía desviar a Kant de su paseo, o inspirar palabras proféticas a Goethe. Pero ciertamente no había penetrado entre los campesinos de las regiones más pobres y más atrasadas de Europa; en Extremadura o en Rusia blanca. Y encima, la revuelta fue precisamente dirigida contra los importadores de la ideología revolucionaria.

El «patriotismo» del pueblo español o ruso es la razón dada generalmente por el invadido. La guerra de la península, como la campaña de 1812, llevan el nombre de «guerra patriótica». Respecto a España, el invasor prefería ver una explosión de «fanatismo» de una población sublevada por sus sacerdotes y sus monjes; y respecto a Rusia, donde los «popes» no desempeñaron ningún gran papel, se invocaba un concurso de fatalidades, o el fin inevitable, de lo que había durado demasiado, siguiendo la propensión de atribuir las desgracias a causas particulares o a causas generales.

Estas explicaciones, muy próximas, la del patriotismo o la del fanatismo, no son de ningún modo convincentes. Tienen el inconveniente de no ser especiales respecto a los acontecimientos de 1807 y 1812 y de no enseñarnos por qué tomaron esta forma. No hubo revuelta más patriótica que la de los Países

Bajos contra la dominación española; pero nunca derivó hacia la guerrilla. No fueron argumentos religiosos los que arrastraron al campesino español. El verdadero fanatismo fue el de las guerras de religión, que tampoco tomaron este carácter.

La causa inmediata de la guerrilla y la explicación de su nacimiento en España y en Rusia es mucho más material. No fue por azar por lo que apareció en aquellas provincias interiores de España, y en los bosques pantanosos de Rusia blanca todavía más desheredados. Entre el soldado que muere de hambre y el campesino que morirá de hambre si le alimenta, las relaciones llegan a ser rápidamente tirantes. El fanatismo del monje español era menos una divergencia de puntos de vista religiosos que una reacción de defensa ante el saqueo de los últimos recursos del monasterio.

El testimonio del general Thiébault, jefe de Estado Mayor del ejército de Junot, que hemos citado anteriormente, no permite dudar de que tal fue el origen de las primeras guerrillas españolas. Para Rusia, la opinión de críticos militares, tan autorizados como Clausewitz, que reprochaban violentamente a Napoleón su descuido del abastecimiento, se une con la opinión de los historiadores más serios, para dar esta misma explicación a las guerrillas.

He aquí la opinión del M. Mirkine Guetzevitch, ruso emigrado y, por tanto, poco sospechoso de antipatía hacia los dirigentes rusos de 1812, tal como la da en la reciente Historia de Rusia de Miliukov.

«Al comienzo de la guerra, los siervos mostraban veleidades revolucionarias. Si Napoleón no se aprovechó de ellas, después de haberlo pensado al comienzo, fue porque le repugnaba, en calidad de soberano y fundador de una nueva dinastía, emplear armas revolucionarias contra otro soberano. La guerra no tomó un carácter popular más que por los excesos de la «Grande Armée». Cuando los soldados se retiraban al merodeo, librándose de las reglas de la disciplina, llegaban a ser un peligro directo para la vida y los bienes de los campesinos. Para éstos la «guerra patriótica» comenzó verdaderamente, sobre todo después de la ocupación de Moscú... Lo que no habían podido hacer el Emperador y sus generales; lo que estuvo por encima de los medios de la clase dirigente de los nobles, de los terratenientes, que hasta en el curso de la guerra patriótica no olvidaban sus privilegios; lo que, en fin, excedía las fuerzas del Estado ruso, debilitado por las taras inherentes al régimen absolutista, el pueblo ruso lo hizo.»

La guerrilla es la reacción del campesino, al cual se le quitan su vaca o su trigo sin pagarle. El dará su vida, o la de sus hijos, sin refunfuniar demasiado,

si se le pide para la guerra. Pero hay límites que no se pueden sobrepasar. No es solamente en las canciones francesas donde el labrador prefiere a su mujer sus dos grandes bueyes blancos marcados en rojo. Está pronto a dejarse matar para defenderlos, poniendo un ardor que ningún patriotismo sabría suscitar.

Este estado de espíritu del campesino era entonces perfectamente conocido de nuestros jefes de ejércitos. En aquella época se fusiló a algunos soldados por haber cogido cerezas, durante un alto de una hora, en los árboles de la cerca contigua.

Las autoridades alemanas de ocupación de 1940 a 1945 han tenido muy en cuenta, y prácticamente la han evitado, toda reacción del campesino, tolerando un alza enorme de los productos que les compraban; cuando su Gobierno daba pruebas de una extrema severidad hacia sus propios agricultores, y cuando en toda Europa los salarios industriales quedaban bloqueados. Era la misma preocupación, base esencial del *psychological warfare*, americano, lo que incitaba a este mando a alimentar sus tropas con conservas, cuando el desembarco de 1944, en regiones donde abundaban las vituallas frescas; para no dar ni siquiera la apariencia de hacer padecer hambre a las poblaciones.

Falta explicar cómo esta causa inmediata de la guerrilla no había actuado, hasta entonces, en las numerosas circunstancias en que el militar estaba forzado o era dejado libre para vivir a expensas del habitante. Ha sido necesario, para que se afirmase la igualdad o la superioridad de éste sobre aquél, una larga evolución del armamento y de la organización militar, que a pesar de la apariencia igualaba o invertía sus situaciones respectivas.

Los progresos del armamento individual convertido en fácilmente portátil y disimulable, han servido menos al ejército regular que a sus adversarios. En la época en que la armadura era un lujo que pocos guerreros podían ofrecerse, les colocaba en una posición tan privilegiada que estaban al abrigo de todo encuentro molesto con el habitante. La ballesta, y sobre todo el arma de fuego invirtieron la situación en favor del adversario en emboscada. Su aparición fue duramente sentida por el combatiente regular, e hizo elevarse protestas y prohibiciones.

«Mientras quede un hombre de armas para dar un buen golpe de espada, mientras quede un solo campesino para dar un buen golpe de guadaña, no hay que ceder», decía Juana de Arco, llamando al pueblo a la revuelta; pero la guadaña no servía de nada contra la armadura. El «coge tu fusil, Gregorio», del canto vendeano, traducía un gran cambio en las posiciones respectivas del rebelde y su dueño. La pistola-ametralladora y la bomba con cohete de retraso

dan a los «partisanos» una potencia que jamás habían tenido. Al mismo tiempo que los progresos del armamento individual dan, en definitiva, ventajas a los factores de desorden, los progresos del armamento colectivo y las transformaciones correlativas de su organización acrecentaban la vulnerabilidad del ejército regular.

Existe toda una categoría de tropas que la historia muestra absolutamente insensibles a un adversario que utiliza la guerrilla, son aquellas que se han sabido hacer independientes de sus comunicaciones. Cuando Alejandro partió a la conquista del Asia Menor con 32.000 infantes y 5.000 jinetes, cada soldado llevaba su abastecimiento y sus víveres; y no había en la falange más que un servidor para cada diez combatientes. Más notable aún era, a este respecto, la organización de la legión romana, donde el hombre era transformado en una verdadera bestia de carga, llevando su armamento, su alimento para semanas y hasta esta fortificación desmontable, que era el cierre del campamento construido cada noche. Equipado de este modo, el combatiente atravesaba centenares de kilómetros en país hostil.

El caballo no ha de excluirse por principio; las invasiones mongolas o árabes no temían a la guerrilla más que las expediciones romanas. Pero el caballo expone a verdaderas catástrofes al atravesar regiones donde no puede encontrar su alimento. A ello se debieron las desgracias de Junot en España y las de la «Grande Armée» en Rusia, pues es aún menos apto que el hombre para llevar el alimento sobre largos recorridos.

Las dos transformaciones profundas que constituyen el origen de la vulnerabilidad de los ejércitos modernos ante la guerrilla son la importancia del material y el acrecentamiento de los efectivos. Los progresos esenciales a este respecto fueron la obra de la Revolución y del Imperio; pero inmediatamente apareció la contrapartida.

La parte nueva desempeñada por el material se remonta a Napoleón, que dobló sensiblemente la importancia relativa de la artillería, y no debía variar apenas después hasta la guerra de 1914. Si no afectó a la modalidad de sus tropas fue porque fue continuación de la transformación completa introducida por la Revolución en el modo de abastecimiento de los ejércitos en campaña. Hasta entonces vivían de sus almacenes y sus convoyes. Entonces se pusieron a vivir del país. El aligeramiento que resultó de ello compensaba ampliamente el alargamiento de las columnas de artillería; e incluso fue el factor decisivo que permitió las maniobras de Napoleón contra los adversarios que habían

permanecido fieles al antiguo sistema, entorpecidos en sus marchas, y mucho más obligados que el Emperador a la defensa de sus líneas de comunicación.

Vivir sobre el país no quería decir abandonar al soldado en el campo sin inquietarse por la manera de como se alimentarían él y su caballo. Este método hubiera sido tan perjudicial para la disciplina como peligroso para la acogida a esperar de las poblaciones invadidas. Era hacer reunir víveres y forrajes por un servicio de intendencia organizado, procediendo por medio de un servicio de compra amistoso. El pago se hacía al contacto. Todo el mundo estaba satisfecho; el campesino, por el alza de los precios; el intermediario, por su beneficio; los funcionarios encargados de hacer los contratos, por las ocasiones que encontraban de redondear sus sueldos, y hasta (si se cree a Bonaparte, relatando sus primeras campañas) las actrices italianas, que entretenían y evitaban a sus compatriotas la exportación de los beneficios realizados a sus expensas. Si se tenía éxito, una buena contribución de guerra lo arreglaba todo.

La dificultad comenzaba allí donde no había casi nada que comprar. Después de haberse beneficiado de las ventajas del sistema en Italia y en Europa central, Napoleón debería experimentar los inconvenientes en España y en Rusia. Se imponía el retorno a las estaciones-almacenes y a los convoyes. Esto no bastaba en España, porque no permitía suplir durante años, y con efectivos modestos, a la ausencia de un Gobierno aceptado por el pueblo. Pero ciertamente convenía para la campaña de 1812. Clausewitz, que seguía las operaciones desde el lado ruso, ha hecho una demostración indiscutible de la impresión de Napoleón al preparar su expedición. Algunos aprovisionamientos constituidos en las ciudades durante el avance hubieran salvado la «Grande Armée» durante su retirada, sea porque hubiese establecido en ellos sus cuarteles de invierno sosteniendo allí sitios, sea porque los evacuase sucesivamente después del agotamiento de sus reservas. La demostración de Clausewitz es desgraciadamente muy poco conocida, puesto que no ha sido insertada en su gran obra; pero en su historia de la campaña de 1812 ella no había escapado a Hitler, que organizó sus campañas de invierno según estos principios; y, finalmente, su repliegue sobre el frente del Este, del cual el episodio más conocido es la resistencia de Staraia Russa desde el invierno de 1941-1942.

En los primeros años del siglo XIX, el problema se complicaba por el enorme aumento de los efectivos, obra sucesiva de la Revolución y de Napoleón. Aplicado a la pequeña Prusia de Federico, el régimen del alistamiento obligatorio no tenía más que ventajas. Pero extendido a la Francia de 1792-1815 y

completado por la aportación de grandes contingentes extranjeros, elevaba los ejércitos hasta un efectivo, cuyo sostenimiento en un país pobre planteaba problemas de transporte casi insolubles. La sensibilidad a la guerrilla es una enfermedad propia de los ejércitos modernos; ha nacido en la época donde aparecieron dos de sus características esenciales en las regiones más favorables a su surgimiento.

DESDE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL HASTA EL VIETNAM.

Que una forma de guerra tan pujante haya quedado dormida durante más de un siglo se explica ante todo por la relativa tranquilidad de estos cien años; después por la hostilidad respecto a ella de los hombres de orden y los militares (hostilidad de la cual volveremos a tratar). Habría de reaparecer en la China de 1937; después, en varios países de Europa desde 1940 a 1945, en circunstancias tan artificiales como las que rodearon su nacimiento en 1807 y 1812, habían sido naturales.

El primer ejemplo de la táctica de las guerrillas en el reciente conflicto mundial fue la forma tomada por la resistencia china a la invasión japonesa. ¿Había que oponerse al invasor en la proximidad de las costas? ¿Había, por el contrario, que abandonar grandes extensiones de territorio y desgastarle poco a poco por la lucha que se le impusiese para mantener su ocupación y sus comunicaciones? Tchang Kai Chek se adhirió a esta última solución, que le daba el tiempo requerido para esperar el socorro que sentía venir, pero que venía lentamente, de las naciones occidentales y especialmente de los Estados Unidos.

No se sabe suficientemente que el alto mando chino no admitió esta táctica más que después de varios meses de dudas y de fracasos en combates regulares, y lo hizo por la insistencia del general alemán que entonces dirigía la misión de organización del ejército. Aplicando una doctrina que codificaba su reglamento, hizo organizar sobre las retaguardias japonesas verdaderos ejércitos de «soldados-campesinos», en medio de los cuales pasaban las columnas japonesas sin llegar a identificarles, y que se reagrupaban detrás de estas columnas cortando sus comunicaciones. El éxito fue tal que Hitler, por las reiteradas protestas de sus nuevos aliados, tuvo que llamar a su jefe de misión demasiado concienzudo. Pero era demasiado tarde.

El reglamento alemán no innova en la manera de llevar y realizar la guerrilla. «La guerrilla (*Kleiner Krieg*, pequeña guerra) es un medio de sostener,

por menudas acciones secundarias, la dirección de las operaciones amigas y dificultar las del enemigo» (*Truppenführung*, 17 octubre 1933, art. 642).

«La guerrilla es, sobre todo, realizada en las retaguardias del enemigo. Sus misiones son las siguientes: Inquietar al adversario, causarle pérdidas, retener sus fuerzas..., perturbar su actividad y principalmente sus abastecimientos... Las barreras¹ en las vías de comunicación son recomendadas, porque obstaculizan hasta el máximo los movimientos enemigos ligados a las rutas y los caminos. Lo mismo para la destrucción de fortificaciones, lo cual hace difícil su abastecimiento. Para la ejecución de estas misiones, los cuerpos que más convienen son los de débiles efectivos. Sus acciones deben tomar la forma de golpes de mano. El engaño y la astucia deben ser los medios más empleados» (*Ibid*, arts. 643 a 647).

Los principios indicados para la lucha contra las guerrillas no son nuevos. Se recomienda «rodearlas por sorpresa y destruirlas», pero al mismo tiempo se marca cierto pesimismo en cuanto a la facilidad de esta represión: «En la zona de retaguardia, el empleo de fuerzas especiales puede llegar a ser necesario... Puede imponerse una limpieza metódica por franjas sucesivas, pero habitualmente exige fuerzas bastante importantes.»

El éxito del arreglo alemán en China fué prodigioso. Hasta el fin, los inmensos territorios sobre los cuales se suponía que el Japón ejercía su control no fueron, en realidad dominados más que en la vecindad de las principales vías de comunicación; de dos o tres grandes ríos y de otras tantas vías férreas, lo cual formaba una cuadrícula con mallas abiertas de varios cientos de kilómetros por cada lado. El resto estaba sometido a la autoridad de los jefes de guerrillas, controlados por Chun King o por las autoridades comunistas. Ellos recogían allí los impuestos, reclutaban sus tropas y dirigían sus fabricaciones de guerra.

Solamente la guerrilla había bastado para hacer insostenible la situación del ejército japonés en China, falto de los enormes efectivos que le hubiesen sido necesarios para la ocupación de las provincias en medio de las cuales avanzaba. Este ejército se rehizo media docena de veces, para realizar el enlace entre sus fuerzas de Cantón y las de China central, sin otro resultado que el de dejar algunas divisiones en cada tentativa, en una época en que la marina

¹ Se trataba de las *Sperren*, que comprenden, entre otras, las minas contra el personal y los vehículos sobre las rutas y vías férreas, y de una manera general, todo obstáculo opuesto a la libre circulación.

y la aviación americana cortaban sus enlaces marítimos. Los intentos hechos a partir de Birmania conocieron los mismos fracasos.

En ocho años, de los cuales sólo tuvo tiempo de consagrar cuatro a la «liquidación del asunto chino», el ejército japonés sólo consiguió llegar a abrirse algunas rutas a través de menos de la mitad de las regiones de acceso más cómodo. Los dirigentes japoneses habían comprendido perfectamente a la vez las dificultades de la tarea y las consecuencias de un fallo; así ellos aplicaron todo el esfuerzo que podía hacer su país. Fue en un recurso desesperado como se lanzaron a una guerra contra las naciones occidentales, lo cual era un verdadero suicidio. Algunos «bandidos» manchúes o chinos (era el nombre que les daban, y el de «judeo-comunista») tuvieron en jaque a un ejército que pretendía ser el primero del mundo, y probablemente lo era en la época en que entró en campaña. Jamás la guerrilla conoció un éxito semejante.

Si en China la guerrilla doblaba un frente que presentaba un obstáculo serio, aunque elástico, al avance japonés, Yugoslavia no ha conocido de 1941 a 1945 más que este «front interieur», que causó tantas preocupaciones a los jefes militares alemanes e italianos. Una veintena de divisiones había barrido en algunas semanas, en la primavera de 1941, los ejércitos regulares griegos y yugoslavos. Durante cuatro años, una treintena de divisiones italianas, ayudadas por algunas divisiones búlgaras y por fuerzas que habían alineado los «Gobiernos» serbio y croata, no consiguieron hacer reinar la autoridad del Eje. Los «partisanos» de Mihailovitch, y después los de Tito, poseyeron en varias ocasiones en medio de Yugoslavia, un territorio grande como Bélgica; la insurrección ganó Grecia, y después Albania. Hizo falta recurrir periódicamente a un contingente suplementario de tropas alemanas cuando la zona controlada se extendía demasiado.

De 1941 a 1945, Yugoslavia fue para Mussolini lo que fue España para Napoleón. En abril de 1943, cuando la captura de sus dos cuerpos expedicionarios sobre el Don y en Túnez, acababa de librar a Italia de todo cuidado lejano, he aquí en qué términos el consejero nacional Guglielmotti, hablando en Radio Roma, describía la ocupación de los Balcanes: «Es tiempo de que los italianos conozcan esta situación... Nuestras unidades deben mantenerse constantemente en estado de alerta. Nuestras columnas de abastecimiento son frecuentemente sorprendidas y destruidas. Esto es muy duro. Cada uno está amenazado. Es en verdad una guerra agotadora y cruel.» La soberbia fascista que amenazaba hace poco tiempo a Europa con sus «ocho millones de bayonetas», se hundía ante 100.000 campesinos yugoslavos.»

Por lo demás, para juzgar el papel de conjunto en los acontecimientos de Francia, se dispone de operaciones simultáneas, donde el mismo ejército alemán no encontraba delante más que uno de estos dos adversarios. Durante el verano de 1944 tenía que enfrentarse en la península italiana a la sola presión de los ejércitos aliados, y en la península balcánica a la de la guerrilla griega y yugoslava. A pesar de una red de comunicaciones mucho más difícil que en Francia, y a la amenaza o la ejecución de desembarco sobre sus retaguardias (Anzio), el mando alemán consiguió perfectamente realizar en los dos casos la retirada de las tropas comprometidas. Por el contrario, dejó en Francia la casi totalidad de las tropas que se encontraban en ocasión del desembarco de Normandía, así como de los refuerzos que envió, y en particular dejó un millón de prisioneros.

Confirmando su potencia indiscutible, la guerrilla ha perdido el carácter de espontaneidad de sus orígenes. ¿Pero es que la entrada en guerra de un ejército moderno, completada por la movilización industrial de todo país, se asemeja a la llamada a las armas del clan o de la tribu? La guerrilla se organiza con todos los recursos de la propaganda moderna, y también en esto hace falta enseñar al hombre que es desgraciado. Nace bajo los pasos del enemigo, si el mando amigo juzga que el concurso de la guerrilla es indispensable para su maniobra; es diferida durante algunos meses si pone su esperanza en otras operaciones; o es retrasada en algunos años si éste es el plazo necesario para el retorno ofensivo que debe apoyar. Ha llegado a formar parte integrante de la guerra moderna, al mismo título que la preparación artillera; el bombardeo estratégico; las ofensivas de paz, o la destrucción por la bomba atómica. Pero no deja de tener inconvenientes, y tanto los hombres de orden como los militares de profesión continúan discutiendo la oportunidad de su empleo.

La hostilidad de los hombres de orden es muy anterior al nacimiento oficial de la guerrilla en el comienzo del siglo XIX. La aventura del caballero mongol al cual un refugiado del grupo al que quería hacer prisionero, le plantaba un cuchillo en la espalda, regocijaba a Ibn Al Athir. ¿Pero satisfacía del mismo modo a los propietarios de las tierras próximas expuestas a las represalias? De Gengis Jan no nos queda más que el recuerdo de sus matanzas, pero no era así como le veían los memorialistas contemporáneos. Marco Polo escribió: «Murió, lo cual fue un gran perjuicio, pues era un hombre prudente y razonable.» Y Joinville nos da la explicación de estos sentimientos: «Mantuvo al pueblo en paz.»

Hemos dicho que fue en Nápoles donde Napoleón tuvo por primera vez algunas dificultades con los pueblos conquistados. No procedían de las clases dirigentes, sino de la «chusma», que de cuando en cuando clavaba también un cuchillo en la espalda de un soldado francés. El Emperador daba a su hermano, el Rey, excelentes consejos, que las autoridades alemanas de ocupación parecen haber puesto en práctica mejor que él en una época donde juzgaban útil hacer sentir su fuerza. «Yo desearía mucho, escribía a José en 1806, que la “chusma” de Nápoles se sublevase. En tanto que no hayais hecho un escarmiento, no seréis el dueño. Todo pueblo conquistado necesita una sublevación.»

El año siguiente, cuando Junot entró en Lisboa, en seguida se encontró en las mejores relaciones con las clases dirigentes. «El instinto comercial de los habitantes (escribe el coronel Grasset en su historia de la guerra de España) sentía repugnancia hacia un movimiento sedicioso que hubiese fatalmente parado los negocios... Algunas medidas administrativas de Junot contentaron, a pesar de todo, a muchas gentes de orden.» Y si se cree al general Thiébauld, cuando Massena tuvo que abandonar Lisboa ante la sublevación del «populacho», discutió largamente la defensa de la capital con la ayuda de una «guardia nacional, compuesta por todos los propietarios», de los cuales tanto apreciaba el espíritu.

Cuando José subió al trono de España, allí encontró los mismos amigos y los mismos enemigos que en Nápoles. «No es posible dispensarse de recordar (escribe aún el general Thiébauld) todo lo que las disposiciones de las clases un poco distinguidas eran entonces favorables a los franceses.» Pero si en rigor se comprende este acuerdo entre el ocupante y las clases más «distinguidas», para los cuales la invasión es una desgracia, pero el desorden una desgracia mayor, se explica menos fácilmente esta repugnancia hacia la guerrilla entre los aliados del pueblo sublevado, a los cuales aporta una ayuda poderosa. No es cosa de hoy el que los dirigentes británicos hayan dudado en aceptar tales concursos. La guerrilla española de 1807 a 1813 no les entusiasmaba apenas. He aquí como Napier, cuya *History of the war in Peninsula*, escrita de 1828 a 1840 ha sido la autoridad indiscutible durante medio siglo, resume en la introducción su juicio de conjunto. «Yo me he guardado también de hablar extensamente sobre las operaciones inútiles y siempre divergentes de los ejércitos españoles... Toda la parte sana de la nación estaba espantada y asqueada por los tumultos y los asesinatos.»

La resistencia francesa no sabría reprochar su ingratitud a los dirigentes británicos y americanos el haberles ignorado, y olvidar los enlaces constantes

entre Francia e Inglaterra de 1940 a 1945, así como los envíos por paracaídas de material militar durante los últimos años. Pero esta ayuda ha reclamado gestiones pacientes y repetidas. En enero de 1944, la Asamblea consultiva de Argel pidió incesantemente a las autoridades francesas y aliadas que reconociese a las organizaciones clandestinas como elementos de vanguardia, que las armase, equipase y las incluyese en los planes de invasión del continente. En el discurso que clausuró el debate, el general De Gaulle no hizo un misterio de las dificultades encontradas. Así dijo: «El día en que será publicado el grande, el doloroso libro amarillo de las negociaciones llevadas a este respecto por el Comité francés de Liberación Nacional, se verá que no hemos perdido de vista ni un segundo a nuestros hermanos, nuestros soldados de Francia, y que hemos hecho todo lo que nos mandaban nuestro deber y nuestro amor por ellos.»

Si la repugnancia del militar profesional por la guerrilla no es menos viva que la de los hombres de orden, es, ante todo, porque constituye un fin en sí misma. La regla sufre una excepción conocida: China, en la cual el reclutamiento de los ejércitos corresponde bastante a los de las formaciones de aventureros que arrasaban Europa occidental en la Edad Media. Es una diferencia de origen que no ha de olvidarse si se quiere explicar la adaptación rápida del ejército chino y sus mandos a la forma de guerra que tuvo en jaque al Japón durante ocho años.

Pero el elemento profesional ocupa una gran parte en esta hostilidad general. Cuando se ve la repugnancia del jinete hacia el tanque, o la del marino hacia el avión, puede uno darse cuenta de cuáles pueden ser los sentimientos instintivos del militar ante una organización que es la contrapartida de la suya y obtiene con no menos frecuencia resultados muy superiores. «Los cuerpos francos (escribe el general von Rüstow), son considerados por todas partes como el pueblo armado, y no es asombroso que sean mal vistos por los ejércitos regulares.» Hoy no los aceptan más de lo que no han aceptado durante más de un siglo la sustitución del soldado de oficio por el recluta, y después por el reservista. Muy pocos se alinean en este punto con la opinión de Clausewitz volviendo de Rusia por la ruta que cubrían los cadáveres de los soldados de la «Grande Armée». «Las inmensidades rusas impiden al asaltante cubrir y ocupar estratégicamente el país que deja detrás de sí. Profundizando este pensamiento, llegué a esta convicción: que un país de civilización europea no puede ser conquistado sin la ayuda de discordias interiores.»

Si Clausewitz es el último que haya visto tan profundamente las conse-

cuencias de esta potencia, su opinión sobre los hechos mismos estaba compartida por muchos de aquellos que tuvieron que sostener la lucha. El general español Arceche, en el prefacio de su obra *Guerra de la Independencia*, da una explicación de los éxitos de Wellington mucho más satisfactoria que la de Napier al hablar de las operaciones divergentes e inútiles de los ejércitos españoles. Arceche dice: «Todos los ejércitos franceses estaban ocupados en reprimir la sublevación general de las provincias, y nadie podía distraer tropas para otro objeto. Los franceses no oponían casi jamás al ejército aliado más que fuerzas inferiores en número; debilitadas por los destacamentos, extenuadas por los choques continuos con los españoles. La verdadera resistencia, la resistencia eficaz, la que descorazonó a los invasores, que eran impotentes para sofocarla, fue la resistencia nacional.» El historiador español está sobre este punto enteramente de acuerdo con un jefe de una clase tan indiscutible como el general Suchet, declarando en sus *Memorias* que «este nuevo sistema de resistencia defendió al país más eficazmente que la guerra reglamentada de los ejércitos regulares».

Ciento treinta años más tarde se habría visto, durante más de un año, en 1943-1944, todo el esfuerzo de guerra anglo-americano en Europa, retener una docena de divisiones alemanas sobre el frente de Italia, mientras que 100.000 campesinos yugoslavos inmovilizaban un número mayor al otro lado del Adriático.

El factor esencial de superioridad del «partisano» sobre el soldado regular es la simplicidad de sus exigencias, que no han variado en ciento cincuenta años, opuesta a la complejidad de una organización que no ha cesado de crecer. Gouvion Saint-Cyr lo había notado ya en su *Journal des opérations de l'armée de Catalogne* en 1809: «Prontos a todos los sacrificios; libres de las necesidades de la molicie, como de todos los prejuicios de uniforme de servicio y de armas, formaban cuerpos irregulares, escogían sus jefes, operaban según su capricho, atacaban por todas partes en que el número y la ocasión les favorecían, huían sin reparo allí donde no eran los más fuertes.»

Asombra a veces que el millón de alemanes de un ejército como el que ocupaba Francia no haya podido conseguir dominar al «maquis» cinco o diez veces más débil en número. Es que la comparación no es exacta, ni siquiera sobre el plan de los ejecutivos. Como todo ejército moderno, la Wehrmacht tenía por lo menos tantos hombres en sus servicios de retaguardia como en las formaciones de sus divisiones. Entre las unidades combatientes afectadas a Francia, al menos la mitad debía hacer guardia sobre las costas, mientras que

la otra mitad aseguraba el orden sobre el interior. De estas tropas, ¿cuántas estaban en estado de partir al campo con el fusil para cargar a los «partisanos»? Había que deducir la artillería y los servicios, pues la infantería no representa apenas más que la mitad de los efectivos de una división. Y, por último, en esta infantería hay que hacer distinciones, pues ni los telefonistas, ni los equipos de minenwerfer, ni los conductores de mulos son aptos para este género de combates. Cuando se ha dividido así, por cuatro, los efectivos de un ejército de ocupación de apariencia imponente, se descubre que no queda mucha gente para la represión.

La guerrilla conserva su potencia contra el armamento moderno, porque le pone en defecto. Si una fuerza armada resiste mal con sables y metralletas a un ataque de carros y aviones, estas armas bastan (y hasta estrictamente la caja de cerillas, la honda o el palo) contra la dotación del carro y del avión en el destacamento. Una de las numerosas legiones de voluntarios reclutadas por la *Wehrmacht* para ayudarla sobre el frente del Este, expresaba ingenuamente, por boca de los periodistas agregados a ella, su indignación contra estos salvajes que volvían para incendiar su «isba», y acogían a tiros al ocupante que escapaba de las llamas. Era su manera de economizar las municiones. Si hubiesen tenido aviones y carros habrían podido (como su adversario) ametrallar sobre las rutas a las columnas de refugiados y rematar a los heridos bajo sus auto-orugas.

Contra los «partisanos» que siguen el juicioso consejo de evitar la refriega, no sirve para nada la artillería pesada ni la aviación. El carro da algunas facilidades de limpieza, en el sentido de que pone la dotación al abrigo de la bala del tirador aislado. Pero el carro está muy lejos de resolver por sí solo el problema de la represión; no es apto para la rebusca en aldeas abandonadas; para la batida en terreno accidentado, arbolado o simplemente cortado por cercas numerosas. Estas misiones reclaman el hombre a pie, sin protección, expuesto a los golpes de aquel a quien acosa.

Sobre muchos puntos la guerrilla se beneficia más que sus adversarios del progreso del armamento y los métodos de combate. El desembarco de paracaidistas permite el desencadenamiento de su acción en el lugar y la fecha escogidos por el mando. El enlace por radio y el abastecimiento por aviones aseguran la dirección y la persistencia. La generalización y la perfección del camuflage, y las minas contra personal y vehículos, le convienen aún mejor que al ejército regular. Varias columnas blindadas soviéticas perecieron miserablemente en Finlandia durante el invierno 1939-1940, porque algunos «par-

tisanos» habían inmovilizado el carro que iba en cabeza sobre la ruta única y difícil donde tuvieron que dar la vuelta. El ejército rojo volvió esta táctica en su provecho, y bloqueó parcialmente las *Panzerdivisionen* lanzadas sobre las pendientes arboladas del Cáucaso, en la región de Ordjonikidze.

El material enorme que acompaña a los ejércitos no les sirve frecuentemente más que para ofrecer un excelente objetivo a la acción de la guerrilla. El objetivo esencial de la guerrilla son las comunicaciones. Ahora bien, la guerra moderna tiene más necesidad que nunca de transportes; no solamente transportes directos de víveres o material con destino a las tropas en campaña, sino, además, los transportes de toda naturaleza exigidos por la producción de un país en guerra. Desde las cajas de los ejes de ruedas, untadas con esmeril, hasta el destornillamiento de tapones, desde el trucaje de los toneles del aceite de los motores de autos al incendio de los garages, las comunicaciones por vía férrea y por ruta ofrecen una presa enorme a la acción de los malintencionados que pasan. Su vigilancia reclama la vigilancia en todos los instantes de un personal numeroso.

En tiempos de paz, esta acción contra los transportes acaba por ser abandonada, por la reprobación de la mayor parte de la población, que es la primera en sufrir las consecuencias. En tiempo de guerra, y por el contrario, aporta lo más generalmente una ayuda preciosa a esta población. En Francia, la interrupción de los transportes por los F. E. I., que fue tan eficaz como su corte por la aviación, al norte del Loire, no solamente sirvió para la dirección de las operaciones aliadas en Normandía y en Provenza. También ha impedido en el momento crítico la captación de la población válida y las riquezas francesas y su traslado a Alemania. Se puede incluso sostener que si las incautaciones hechas por el ocupante sobre estas riquezas no fueron más elevadas, y sirvieron sobre todo para el consumo sobre el terreno, fue porque su evacuación hacia el exterior se habría encontrado con obstáculos infranqueables, en vista de que una fracción de la población advertida habría querido oponerse.

El mando militar debe reconocer en la guerrilla una operación más poderosa que la mayor parte de las operaciones que él lleva directamente. Los ejércitos modernos están más expuestos que jamás. Querer ignorarlo, o taparse la cara ante sus excesos, sería exponerse a los peligros más graves y renunciar deliberadamente a un concurso precioso. La única actitud posible es su aceptación, y la busca de los medios apropiados, según las circunstancias, para desarrollarla o combatirla.

LA GUERRA REVOLUCIONARIA DEL VIETNAM.

Decía Lenin: «El camino de Moscú a París pasa por Pekín, Saigón y Calcuta.» Lenin recogía así la tesis del geógrafo escocés Mackinder, seguido en 1913 por Haushofer, que llegó a ser la autoridad indiscutible de la Alemania nazi en geopolítica. Mackinder resumió por sí mismo su tesis en tres frases: «Quien manda en Europa del Este manda en el Heartland. Quien manda en el Heartland manda en el World Island. Quien manda en el World Island manda en el mundo.» Europa del Este se extiende, según él, desde la línea Dinamarca-Istria al Volga, englobando Berlín, Viena y Moscú. El Heartland, el «país corazón», cubre en la primera de sus definiciones desde el Ural a China, no solamente con lo que se llama corrientemente Asia Central, sino Siberia, el Ural y su vertiente Oeste, las mesetas irania y tibetana, comprendiendo así las cinco novenas partes de Asia. El World Island, esta isla mundial destinada a regir el universo, es el conjunto de Europa, Asia y Africa.

La tesis de Mackinder debía inevitablemente seducir a los teóricos alemanes en busca de una base científica para los proyectos pangermanistas de dominación mundial. A Haushofer le bastaba desplazar ligeramente hacia el Oeste la base de partida de Mackinder, para introducir toda Europa central. «La unión de los intereses del Japón, de Rusia y de la potencia imperial de Europa Central sería absolutamente inatacable», escribía él desde 1913. Y volvía a la carga en 1939: «Es de una importancia vital que Alemania y la U. R. S. S. unan su política.»

Ninguno mejor que Mao Tse Tung ha puesto en evidencia las fuerzas y las debilidades de China aspirando a esta conquista del World Island a partir del Heartland. Los objetivos definidos por Lenin son, sin embargo, respetados: el avance sobre los confines del Tibet y de la India; el envío de las primeras guerrillas a Tailandia; el avance del Pathet Lao en Laos; pero, en primer lugar, la marcha sobre Saigón. En 1928, cuando tuvo lugar la segunda conferencia del Partido para la organización de la región fronteriza del Hunan-Kiangsi, Mao se preguntaba: «¿Por qué puede el poder rojo existir en China?» Y respondía: «La existencia prolongada en un país, de una o varias regiones donde triunfa el poder rojo, en medio del acercamiento del poder blanco, constituye un hecho absolutamente nuevo en la historia del mundo.» Reposa sobre la combinación de un ejército rojo suficientemente fuerte para oponerse a las tropas regulares de los blancos, y una guardia roja, fuerza armada popular

sobre el territorio de las bases revolucionarias, cuyos combatientes hacen su servicio sin interrumpir su trabajo, y que se enfrentará a las milicias de los terratenientes.» «El principio del ejército rojo es la concentración de las fuerzas; el de la guardia roja, la dispersión de las fuerzas... La creación de bases revolucionarias con la ayuda de las fuerzas armadas de los obreros y los campesinos es una idea muy importante, con la cual deben compenetrarse todos los miembros del Partido.» Tales bases son las que las divisiones nordvietnamitas se han esforzado por crear en el delta del Mekong, en el triángulo de fuego, en la zona P, mientras que el Vietcong extiende su dominio sobre el conjunto de los campos.

¿Dónde establecer estas bases revolucionarias? Mao no innova. Sobre este punto se sujeta a la enseñanza de Sun Tse, el más reputado de los clásicos del arte militar chino, que vivió antes de Jesucristo. «Salid sin tardar de los bajos fondos pantanosos (dice Sun Tse, en su artículo VIII), de las tierras inundables, de los bosques mal practicables, de las regiones montañosas desprovistas de caminos, de las zonas áridas o desiertas, de los terrenos cortados; en fin, de todas las partes donde las comunicaciones son difíciles y donde no pueden apoyarse los socorros rápidamente encaminados. Buscad, por el contrario, los espacios libres donde vuestras tropas puedan desplegarse y vuestros aliados puedan aportar la ayuda necesaria. Evitad todo lo más posible hacer estacionar vuestras tropas en lugares privados de comunicaciones, o si la necesidad os obliga, no permanezcáis más que el tiempo necesario para salir, y desde que llegéis, tomad las medidas necesarias para hacerlo con seguridad y en buen orden. Dejad rápidamente las regiones donde no hay ni agua, ni víveres, ni forrajes. Hacedlo asegurando de que el lugar que habéis escogido está provisto de recursos y puede ser puesto al abrigo de una sorpresa del enemigo.»

Sin duda, tales emplazamientos no se encuentran cómodamente en los 170 000 kilómetros cuadrados de un Vietnam del Sur, poblado por más de 15 millones de habitantes, y donde las planicies no ocupan apenas más que una quinta parte de la superficie. Mao no lo ignora. «Para que la guerra de “partisanos” sea posible (decía en noviembre de 1938, en medio de la invasión japonesa de su país, en ocasión de la sexta sesión plenaria del Comité Central del Partido) basta una solución: un vasto territorio... La guerra de “partisanos” en nuestro tiempo no puede ser victoriosa más que en los grandes países..., por ejemplo, en la Unión Soviética, en la época de la guerra civil, o en China, en la época actual... Habiendo entrado en un gran país con un ejército poco numeroso, el enemigo no podrá ocupar más que una parte de las

grandes ciudades, de las principales vías de comunicación y ciertas regiones de llanura. Subsistirán vastos territorios que no estarán en estado de ocupar, lo cual nos procurará un vasto campo de acción para las operaciones de “partisanos”»

A falta de estas facilidades naturales, no serán útiles los recursos de la estrategia. Mao los expresaba en las dieciséis «palabras claves» (en chino) que hizo adoptar en enero de 1930 por el Comité Central del Partido: «El enemigo avanza, nos batimos en retirada; el enemigo se inmoviliza, nosotros le acosamos; el enemigo se fatiga, le golpeamos; el enemigo retrocede, nosotros le perseguimos.»

No se comprenden bien estos principios de la estrategia comunista china más que refiriéndose a la época en que fueron elaborados, cuando el ejército comunista, de cinco a diez veces inferior en número, no tenía apenas más que la ventaja de la inmovilidad. Así explica la forma de las operaciones nacionalistas: una campaña de envolvimiento y de aniquilación como la de las operaciones comunistas, una concentración por retirada centrípeta seguida de una serie de golpes dados a las columnas de acercamiento. Esta respuesta tuvo éxito cuatro veces, desde 1930 a 1933. Fracasó la quinta vez, en 1934, cuando Tchang Kai Chek, habiendo adquirido conciencia de la pujanza de su adversario, se decidió a emplear contra él una maniobra ofensiva, apoyada sobre una red de plazas que el ejército comunista fue incapaz de arrebatar. Este tuvo entonces que resolverse a la «larga marcha», que le condujo hacia los territorios semidesérticos del Norte.

El recurso a la guerra de movimiento y a la maniobra ofensiva cuando se está en inferioridad numérica nos parece hoy una novedad. La reacción normal parece, por el contrario, la de agarrarse al terreno para beneficiarse de las ventajas de la defensiva sobre una posición organizada. La maniobra de Mao Tse Tung es, sin embargo, de las más clásicas.

Cuando no tenía la superioridad sobre el conjunto de las tropas adversarias, Napoleón no había recurrido a la batalla defensiva. Aprovechaba la división inicial (de dichas tropas) o trataba de provocarla para tomar entre sus diversas fracciones una posición central, desde donde maniobraba para separarlas sucesivamente. El plan de Mao entre 1930 y 1933 reproduce exactamente el de Bonaparte, destruyendo en 1796, en el curso de su campaña de Italia, por golpes sucesivos, las columnas de Beaulieu, que desembocaban de los Alpes.

El éxito de la maniobra de Mao, indiscutible aún en 1950, ha ido atenuándose paradójicamente, a medida que el mando chino-coreano lo ejecutaba

con efectivos más importantes, tanto que fue necesario interrumpirla en mayo de 1951, en el momento en que la superioridad numérica del ejército comunista no había sido jamás tan marcada, pues las pérdidas llegaban a ser inaceptables.

El arte militar comunista no tolera la fantasía. «Es (escribía el prologuista en la primera traducción francesa de las obras de Mao), la expresión de una dirección científica marxista-leninista», fuera de la cual todo es arriesgado; o según el dictador chino mismo, es «desviacionismo de derecha o de izquierda».

El arte militar occidental acepta la renovación de las fórmulas gastadas. En el curso de la segunda guerra mundial, la dirección de las operaciones británicas y americanas no pecó por la abstención en reproducir una maniobra tipo. El mismo Hitler, a quien tanto se ha reprochado su intervención creciente en el detalle de las operaciones, dejó a Rommel en Libia y Kesselring en Italia una libertad de la cual gozaron pocos subordinados de Stalin. Por otra parte, no puede reprochársele la falta de verdad en las maniobras que dirigía personalmente.

Las dos tendencias, la de la repetición obstinada de una maniobra única, lo mismo que la del cambio perpetuo, han tenido ilustres representantes en la historia militar. Hasta para quien no juzga más que el interés del espectáculo, no es evidente que haya de dar el predominio a la fantasía, rehusándolo al espíritu de sistema.

Hay una singular potencia en la manera de un Napoleón, emprendiendo el mismo plan de campaña durante quince años, sin que un adversario pueda encontrar el punto débil. La potencia no ha escapado a Mao, que más audaz y más despreciativo todavía, publicaba sus principios, haciendo la base de su enseñanza militar y anunciando al enemigo: «Nuestra estrategia ya no es un secreto, porque habéis aprendido a conocer nuestra manera. Sin embargo, no podéis frustrar nuestra victoria.» Pero la admiración disminuye ante los primeros fracasos, cuando Kutusov escapa al estrechamiento de la «Grande Armée», y cuando Blucher continúa su avance sin inquietarse de lo que Napoleón pueda hacer en sus retaguardias. La misma aventura sobrevino a Mac Arthur, teniendo éxito la primera vez que reemprendió en Corea la misma maniobra de repliegue y desembarco sobre las retaguardias empleadas en sus operaciones contra el Japón, pero fracasando la segunda vez. El mismo fracaso incita a poner en duda el valor de los principios de Mao, condenando la guerra de posiciones y obligado, finalmente, a recurrir a ella. Entonces se aprecia

más el concepto de «Escipión el africano que quedó como modelo inigualado». En efecto, el vencedor de Hannibal jamás aceptó emprender dos veces el mismo plan estratégico para sus campañas, ni el mismo esquema táctico para sus batallas. Acaso no es inútil añadir que jamás fue vencido.

¿Qué hacer cuando faltan a la vez los vastos territorios reclamados por el desarrollo de una guerra revolucionaria y los emplazamientos convenientes al establecimiento de las bases? El único recurso es la «guerra prolongada», a la cual consagran un centenar de páginas los «escritos militares» de Mao. En ellas continúa un ciclo de conferencias hechas en mayo y junio de 1938 ante la Asociación para el estudio de la guerra de resistencia contra el Japón. «El carácter prolongado de la guerra (escribía él desde 1936) proviene de que las fuerzas de la reacción son poderosas, cuando las de la revolución no crecen más que gradualmente. La impaciencia sería nociva, y errónea, reclamar una decisión rápida... Las fuerzas de la reacción en China se benefician del apoyo de numerosos Estados imperialistas. Nuestra guerra revolucionaria conservará su carácter prolongado todo el tiempo necesario, hasta que la revolución china haya acumulado las fuerzas suficientes para romper las posiciones fundamentales de los enemigos del exterior y el interior; tanto tiempo como sea necesario, hasta que las fuerzas revolucionarias internacionales no hayan rechazado o contenido la mayor parte de las fuerzas de la reacción internacional.»

Por lo demás, ¿por qué estar apresurado? «El carácter de larga duración que presenta la guerra de resistencia de China es inseparable de la lucha para la conquista de una paz perpetua, en China y en el mundo entero. La historia no ha conocido períodos en que la guerra nos acerque tanto como hoy a esa paz perpetua. A continuación de la aparición de las clases, la historia de la humanidad ha estado llena durante milenarios de guerras interminables, de guerras sin número, intestinas y extranjeras. En la etapa imperialista del desarrollo de la sociedad capitalista las guerras llegan a ser particularmente extendidas y encarnizadas. Cerca de 600 millones de hombres, casi el tercio de la población mundial, han sido arrastrados a la guerra, en Italia, en el Japón, en Abisinia, en España, en China. No hay duda de que la de Hitler seguirá... Pero para suprimir la guerra no hay más que un solo medio, oponer la guerra a la guerra; la guerra revolucionaria a la guerra contrarrevolucionaria; la guerra justa, a la guerra injusta. Todas las guerras contrarrevolucionarias son injustas, todas las guerras revolucionarias son justas.»

Desde los comienzos de la invasión japonesa, en julio de 1937, hasta el repliegue de Tchang Kai Chek sobre Formosa, en diciembre de 1949, Mao

ha puesto en guardia contra la ilusión de una victoria rápida. «El enemigo está ahora muy fatigado (escribía en abril de 1947), pero aún no está extenuado.» En su telegrama del 7 de septiembre de 1948, estimaba poder continuar destruyendo cada año, aproximadamente, cien brigadas de tropas regulares del Kuomintang; es decir, «conseguir en cinco años aproximados, a partir de julio de 1946, infligirles una derrota total». Sólo fue en noviembre de 1948 cuando intervino un «cambio radical en la relación de fuerzas entre las dos partes en guerra». Consistía en reducir este plazo de cinco años a tres años y medio aproximados.

El carácter expresado por Mao en cuanto al desenlace victorioso de una guerra prolongada es desgraciadamente invalidado en el caso de la intervención americana en el Vietnam; por las mismas razones que daba sobre el caso de la invasión japonesa en China.

«La economía japonesa (declaraba Mao en 1938 a Edgar Snow) se derrumbará a continuación de una larga y costosa ocupación de China. La moral de las tropas japonesas será rota por las pruebas de una guerra con innumerables combates indecisos... El Japón ya no es un país en vías de adelanto en su desarrollo. La guerra no traerá a las clases dirigentes del Japón la prosperidad que esperan. Desembocará en el resultado exactamente inverso; la ruina del imperialismo japonés... impulsará hasta el extremo el antagonismo entre las clases en el mismo Japón; el antagonismo entre las naciones japonesas y China; el antagonismo entre el Japón y la mayor parte de los países del mundo... El Japón es un país relativamente pequeño; le faltan recursos humanos, militares, financieros y materiales; no podrá soportar una guerra de larga duración; el amplio apoyo internacional que le vale a China el carácter progresista y justo de la guerra que prosigue y también exactamente lo contrario del débil apoyo dado a la causa injusta del Japón.»

Sin duda, la guerra que llevan los Estados Unidos en el Vietnam es costosa. El proyecto de presupuesto que el Presidente Johnson ha presentado en el último abril para el año fiscal 1968 bate dos récords: el de un presupuesto americano con 135 mil millones de dólares, y el de un presupuesto militar posterior a la Segunda Guerra Mundial con 73,1 mil millones de dólares, de los cuales 21,9 mil millones para la sola guerra del Vietnam. Pero sobre las tres experiencias precedentes, las de las dos guerras mundiales y la guerra de Corea, se ha podido llegar a la conclusión de que la prosperidad

americana está ligada directamente por el mecanismo *Keynesiano*² de los gastos estatales que provocan a la actividad económica, que resultan de ello y que siguen a períodos de atenuación de actividad algunos años después del restablecimiento de la paz. Hoy, en el momento en que la atenuación de actividad amenaza a Europa occidental, la guerra del Vietnam vale a los Estados Unidos un desarrollo que no se había conocido desde diez años. Estimado según el aumento del producto nacional bruto, excede en relación de tres a uno los gastos del Vietnam.

El general Westmoreland comparte enteramente la opinión de Mao sobre el interés de una guerra prolongada. Por «guerra larga», los especialistas americanos entienden de cinco a diez años, con un aumento de los efectivos americanos desde 400.000 hombres a 750.000. ¿Quién dudaría de la capacidad de los Estados Unidos para alinear tales efectivos, entre los cuales 100.000 combatientes aproximados el 1 de enero de 1967, cuando el año pasado han matado a 50.000 combatientes del Vietcong y vietnamitas del Norte, contra sólo 5.000 americanos, o sea la décima parte de los muertos que produce cada año la circulación automovilista en los Estados Unidos?

Entre 200 millones de americanos volviendo a colonizar un Vietnam del Sur con 15 millones de habitantes, sostenido por un Vietnam del Norte con la misma población, y un Japón de 80 millones de habitantes pretendiendo imponer su ley a una China de 600 millones, no es posible ninguna comparación. El «amplio apoyo internacional» de que hablaba Mao en 1938, y que le fue efectivamente aportado, le falta al Vietnam. La U. R. S. S. declaraba el 18 de febrero, «el señor M. Kohler, subsecretario de Estado de Washington, ha pasado de la etapa en la cual pensaba que el equilibrio de la potencia podría dar la vuelta a su favor... Una cierta moderación ha marcado su relación con los Estados Unidos; y la naturaleza defensiva de la ayuda militar que proporciona al Vietnam del Norte constituye una indicación de esta evolución». Tal era, aproximadamente, el juicio que hacia la misma época daba la *Pravda* sobre la eficacia del concurso chino.

CAMILLE ROUGERON.

² *Keynesiano*: doctrina económica del inglés Keynes, explicando el efecto de la presión sobre la economía de los gastos del Estado, no equilibrados por ingresos procedentes de impuestos.